

EL HOMBRE DE LOS GATOS

Los perros y los gatos. La Secretaría de Sanidad. Esta ha decretado la extinción de aquellos, inspirándose en procedimientos análogos seguidos por la Sanidad neoyorquina, que con motivo de la aparición de la poliomiélitis en la gran ciudad del Norte, ha emprendido una cruzada formidable contra los canes y "mininos". Y no vale para defenderlos de la muerte que los arrebatara a milla-



ISIDORO LOMBERA

res, ni la declaración de tristes experiencias del filósofo griego que dejó escrita la estimación que sentía por los perros, superior a la que merecían los hombres.

Ni siquiera la duda que existe de que efectivamente esos animales domésticos sean vehículos de la horrible dolencia. Sanidad lanzó el decreto e Isidoro Lombera, el "Padre de los Gatos", lanzó un grito de horror.

—Matarlos!... ¿por qué matarlos? Y con una sonrisa irónica agregó:

—Estos sabios!... Cuando no aciertan a explicarse algo que están obligados a explicar, la toman con cualquier cosa infinitamente grande: influencia solar; infinitamente pequeña: el microbio del que pueden haber cien mil millones en una gota de agua; o infinitamente inferior en la escala de la vida; un gato o un perro, por ejemplo.

Después siguió diciendo Lombera:

Los perros han merecido, a través de las centurias, la admiración de los humanos, desde San Roque hasta nuestros días.

Y una medida tan radical como la de la supresión de algunos miles de ejemplares de la raza canina, no podía

9
por menos que afectar a un hombre que como yo, se ha declarado padre de los gatos y protector de los perros que poblaban el Campo de Marte, que es desde hace algún tiempo campo de Cupido.

El Padre de los Gatos y Protector de los Perros, nos ha proclamado la injusticia de esa medida sanitaria. El no está de acuerdo con que se suprima así de golpe la invasión que de nuestras calles han hecho los perros y pide desde su clemente ingenuidad que tal cosa no se lleve a efecto. Y el pobre viejo recuerda aquel exterminio perruno que llevaron a cabo en Constantinopla los célebres Jóvenes Turcos, cuando, dando un golpe de Estado se apoderaron del Poder. En aquella época en que el Sultán reinante tuvo que abandonar su palacio, dejando en la refriega hasta las luchas que le precedieron, el

Constantino, unos 50,000 perros. El Korán prohíbe matar a los perros y los hijos de la Media Luna teniendo en cuenta las pragmáticas establecidas por aquel Santo libro, donde se indica cómo alcanzar la Meca, pasando antes por la Ceca, no ejecutaban ninguno de estos animales cuya abundancia era espectáculo típico y sucio en las calles y plazas de la ciudad turca. Pero la llegada de los "Jóvenes" acabó con esto y un buen día recogieron la cría perruna y la enviaron a una de las desiertas isletas del archipiélago de las Prinkipo, que se halla en el mar de Mármara, según se entre a la derecha.

Estos 50.000 perros, sin comida, enfermos la mayor parte, llenos de laceraciones, pronto se vieron atacados de hambre, de sed, y una inmensa y desesperante rabia en los ojos y en los dientes cundió entre los desgraciados animales.

Blasco Ibáñez, ha tratado admirablemente este asunto en su obra sobre el Oriente. Y de su relato pintoresco se desprende la confirmación de la idea del filósofo griego. Los hombres, valen menos que los perros, y que otros animales, según "Los Motivos del Lobo", de Dario. Porque si es cruel ejecutar las parricidas de perros ciudadanos que filosofan por las calles inofensivamente, lo es más recluirlas en una isla sin medios de subsistencia. Se cuenta que durante el aislamiento inhumano de los canes en Prinkipo, aquéllos llegaron a devorarse mutuamente, desesperados de hambre y de sed. Los barcos que pasan a lo lejos sentían la fetidez de los pobres animales muertos en medio del mar de Mármara. Por cierto que esta actitud del Padre de los Gatos y Protector de los Perros, nos recuerda aquella otra de aquel buen señor de París, que pidió en carta dirigida desde los periódicos, al Gobierno francés, que interviniera el Estado por razones de humanidad en aquel suceso horrible de los perros turcos. Esta actitud del francés humanitario, sirvió para más de una chanzoneta de boulevard y el gobierno como es natural no se ocupó en su original petición. Lo cual pasará probablemente con la petición del Protector de los Perros, que se habrá puesto sin embargo a la magnífica altura del protector parisién.

Hay un buen hombre en la Habana que ama a los gatos y los ampara entre los canteros floridos del Campo de Marte y del Parque de la India.

El gato es sugestivo, enigmático, elástico, de piel eléctrica, en las sombras sus pupilas fosfóricas centellean. Ronroneando se restrega contra las piernas, pero no tiene amo. Los poetas se placen en su compañía. En las noches invernales, junto a la lumbre, dice cosas brujas. Dos entre todos han cantado a los gatos: Baudelaire y Rollinat, ambos poetas extraños, ambos alucinados. Verlaine, escribió un soneto delicioso, "Mujer y gato".

En el jardín de las Tullerías, cerca del Arco del Carrousel, mirando hacia la perspectiva maravillosa de los Campos Eliseos, cada tarde, un viejecito congrega a los gorriones para divertir a un público de niños y ayas: platica con ellos; cuando les manda volar en tal o cual dirección le obedecen, mediante, como es natural, el interés de unas migas.

En Hamburgo, hace diez años, vagaba por las calles una vieja demente, pulcra y plácida, llevando en el brazo un cestillo de mimbres lleno de migajas de pan con las que alimentaba a los gorriones ciudadanos: dulce misión franciscana.

Hamburgo, hermosa ciudad cuando escampa, pues llueve todos los días, tiene canales y cisnes. Enrique Heine, nativo de ella, dijo: "Hamburgo es menos bella que Venecia, pero tiene mejores ostras."

Una hamburguesa benéfica instituyó un legado para los cisnes del Alster, y los pájaros hieráticos, magníficos, comen con regalo y en invierno les alojan en casetas confortables. Ellos son la poesía del formidable puerto anseático. Por entre las lanchas llenas de carbón y mercaderías bogan majestuosos; desdeñando a la humana avidez o reposan en las márgenes como grandes flores de nieve.

Un crítico ha explicado aspectos de la psicología de algunos autores por el adjetivo que con más frecuencia usan. Siguiendo el procedimiento, sería curioso intentarlo, aproximándolos al animal que prefirieron: Gerardo de Nerval, al cangrejo, "serio, tranquilo y que no ladra". Y además concededor del secreto de los mares". El gato a Baudelaire, y a Verlaine, poetas malditos que oscilan entre el misterio y el pecado. El águila a Hugo. El cóndor a Vargas Vila, y el cisne, a Rubén Darío.

Acaso contempládoles desde el "Alster Pavillon", mientras paladeaba un vaso de pilsener "oro y seda", según su propia expresión, fué cuando el poeta de América les interrogó:

Qué signo haces, oh Cisne, con tu en-
(corvado cuello
Al paso de los tristes y errantes soña-
(dores?
Por qué tan silencioso de ser blanco y
(ser bello,
Tiránico a las aguas e impasible a las
(flores?

Faltos de los alientos que dan las
(grandes cosas,
Qué haremos los poetas sino buscar tus
(lagos?
A falta de laureles son muy dulces las
(rosas,
Y a falta de victorias busquemos los
(halagos.

